

# *Arqueología del saber y verdad histórica en la obra de Michel Foucault*

SÁNCHEZ GONZÁLEZ, MIGUEL

Distintas concepciones historiográficas dan lugar, como es lógico, a diferentes reconstrucciones de la historia.

Michel Foucault ha aplicado su «arqueología del saber» de modo fundamental a la reconstrucción de la historia de la medicina moderna.

En el siguiente trabajo se plantean algunos interrogantes críticos y se formulan ciertas objeciones a la reconstrucción de la historia de la medicina que ofrece Michel Foucault. Creemos que este tipo de análisis puede arrojar alguna luz sobre las características de la historiografía foucaultiana y sobre sus intenciones subyacentes. Puede suministrar también algunos datos para la discusión del viejo problema de la posible objetividad de la verdad histórica.

## EL PROBLEMA DEL SABER Y EL METODO ARQUEOLOGICO

Dos grandes preguntas han polarizado la obra de Michel Foucault: la pregunta por el saber y la pregunta por el poder<sup>1</sup>. La primera de ellas le ocupó de modo fundamental hasta 1969, fecha de publicación de su *Archéologie du Savoir*, y dio origen a la formulación de su «método arqueológico».

El saber por el que se pregunta Foucault no se identifica con el conjunto de los conocimientos científicos y filosóficos propios de una determinada

---

<sup>1</sup> Esta periodización es la desarrollada por Miguel MOREY en: *Lectura de Foucault*, Madrid, Taurus, 1983.

época. El saber que interesa a nuestro filósofo estaría constituido por una cierta red de «enunciados» implícitos, que proyectarían su influencia determinante sobre el conjunto de la cultura. Utilizando sus palabras: «*En una sociedad, los conocimientos, las ideas filosóficas, las opiniones cotidianas, así como las instituciones, las prácticas comerciales y policlacas, las costumbres, todo se refiere a un saber implícito propio de esta sociedad. Este saber es profundamente distinto de los conocimientos que se pueden encontrar en los libros científicos, los temas filosóficos, las justificaciones religiosas, pero es el que hace posible, en un momento dado, la aparición de una teoría, de una opinión, de una práctica*»<sup>2</sup>.

Las historias tradicionales del saber pretenden dejar constancia de lo que efectivamente se dijo, aclarar su contenido, descubrir los presupuestos implícitos y formular sus implicaciones descubrir los presupuestos implícitos y formular sus implicaciones lógicas. Foucault, por el contrario, está interesado, sobre todo, por desvelar los «enunciados» que han determinado lo que se ha llegado a decir. Tal y como él mismo dijo en su *Archéologie du savoir*: «*¿Cuál ha sido el objetivo de mi investigación? ¿Qué es lo que estaba en mi propósito describir? Los "enunciados". ... el enunciado no es una unidad del mismo género que la frase, la proposición o el acto de lenguaje; Es, en su modo de ser singular, indispensable para que se pueda decir si hay o no frase, proposición o acto de lenguaje; ... una función que cruza un dominio de estructuras y de unidades posibles y las hace aparecer con contenidos concretos, en el tiempo y el espacio*»<sup>3</sup>.

Así pues, Foucault intenta llegar más allá de los contenidos y de los significados, hasta las «funciones enunciativas» que determinan lo decible y lo visible en un determinado momento histórico. Y sobre todo, Foucault pretende poner en relación esas «funciones enunciativas» configuradoras del discurso con las estructuras y las relaciones de poder subyacentes a ese discurso. No se detiene en el logro de una mera contextualización del saber o del señalamiento de sus presupuestos conceptuales. Su empeño fundamental es la denuncia de las estructuras y de las relaciones de poder subyacentes a un determinado discurso.

El saber entendido de esta manera no puede, desde luego, ser abordado con los métodos historiográficos tradicionales. El método que desarrolla Foucault fue bautizado por él mismo con el nombre de «arqueología del saber»; aludiendo a su carácter de excavación y registro en los sucesivos «estratos» históricos. G. Deleuze definió de la siguiente manera el concepto foucaultiano de «estrato»: «*Los estratos son formaciones históricas, positi-*

<sup>2</sup> M. FOUCAULT: *El libro de los Otros*, Barcelona, Anagrama, 1973, p. 10.

<sup>3</sup> M. FOUCAULT: *L'archéologie du savoir*, Paris, Gallimard, 1969, pp. 105, 114 y 115.

vidades o empiricidades, "Capas sedimentarias", hechas de cosas y de palabras, de ver y de hablar, de visible y de decible, de superficies de visibilidad y de campos de legibilidad, de contenidos y de expresiones»<sup>4</sup>.

Este método arqueológico descubre un conjunto de elementos o «enunciados» que configuran los distintos saberes y constituyen la «episteme» propia de un determinado momento histórico. Estas epistemes se irían sucediendo unas a otras mediante un proceso discontinuo de «corte» o «mutación», productor de transformaciones radicales en las mismas.

## LOS SABERES MEDICOS COMO PARADIGMA ARQUEOLOGICO

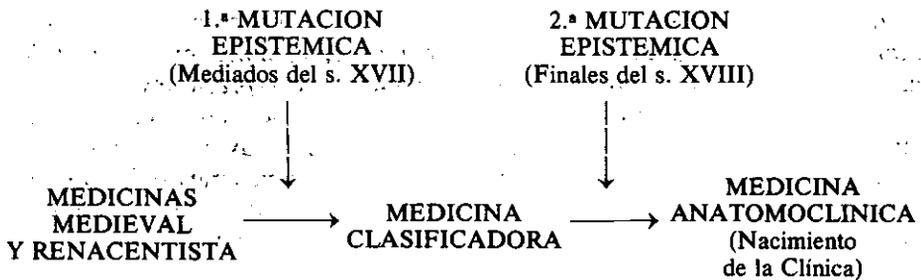
Foucault comenzó aplicando su método arqueológico a los saberes sobre la enfermedad mental y a los saberes médicos en general. El motivo de esta elección lo explicaría él mismo algo más tarde: «... poder y saber. Creo que escribí "La Historia de la Locura" un poco sobre el horizonte de estas cuestiones. Para mí se trataba de decir lo siguiente: si se plantea a una ciencia como la física teórica o la química orgánica el problema de sus relaciones con las estructuras políticas y económicas de la sociedad, ¿no se plantea un problema demasiado complicado? ¿No se coloca demasiado alto el tope de la explicación posible? Si por el contrario, se toma un saber como la psiquiatría, ¿no será mucho más fácil resolver la cuestión...? ... Es la misma cuestión que me quise plantear en el "Nacimiento de la Clínica", a propósito de la medicina»<sup>5</sup>.

Michel Foucault en su libro *El nacimiento de la clínica*<sup>6</sup> fija la fecha del nacimiento de la medicina actual en los últimos años del s. XVIII. E identifica la medicina actual con la mentalidad anatomoclínica que se originó en la Francia de aquella época. Este nacimiento sería la manifestación de una «mutación epistémica» que se habría producido en la cultura occidental a principios del s. XIX. La medicina «clínica» tendría como antecedente inmediato a la que él llama «medicina clasificadora» que sería constitutivamente diferente y habría tenido la función de hacer estructuralmente posible el método anatomoclínico. La medicina clasificadora, a su vez habría sido expresión de otra gran discontinuidad epistémica: la que inauguró hacia mediados del s. XVII lo que Foucault llama «época clásica». Según todo esto, el esquema evolutivo que Foucault propone es el siguiente:

<sup>4</sup> G. DELEUZE: *Foucault*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 75.

<sup>5</sup> M. FOUCAULT: «Verdad y poder» en: *Un diálogo sobre el poder*, Madrid, Alianza, 1985, 128-45, p. 128-9.

<sup>6</sup> M. FOUCAULT: *Naissance de la clinique*, Paris, Presses universitaires de France, 1963.



Este esquema, sin duda, tiene la virtud de la simplicidad. Además resulta coherente con el resto de los hallazgos arqueológicos foucaultianos. Y tal vez resulte conveniente para los propósitos «políticos» de su autor por el hecho de prestarse a desempeñar una función instrumental en la denuncia de determinadas estructuras de poder.

Sin embargo, ante su contemplación no podemos dejar de preguntarnos hasta qué punto este esquema resulta compatible con el resto de nuestras interpretaciones históricas establecidas. Aún cuando no podamos esgrimir el concepto de «hecho histórico objetivo» y reconozcamos que todo hecho es el resultado de una selección y encierra en sí mismo una interpretación; y aunque renunciemos a manejar el discutible concepto de «verdad histórica objetiva», podremos todavía plantear ciertos interrogantes críticos.

Y así, ante el referido esquema foucaultiano surgen, entre otros, los siguientes interrogantes:

1. ¿No había ya comenzado a existir una medicina propiamente clínica con anterioridad al siglo XIX?
2. ¿Careció de antecedentes dignos de mención la mentalidad anatomoclínica del s. XIX?
3. ¿Resulta plausible un esquema tan lineal que recurre únicamente al mecanismo evolutivo de la mutación? ¿No hubo en los s. XVII y XVIII otras líneas de pensamiento médico que ayuden a explicar el surgimiento de la medicina anatomoclínica?
4. ¿Estuvo la medicina de los siglos XVII y XVIII, y en particular la medicina «clasificadora» tan radicalmente distanciada de la medicina que Foucault considera como «moderna»?

Si las objeciones anteriores resultaran dignas de crédito no podría hablarse tanto del surgimiento en el s. XIX de una medicina radicalmente nueva. Como mucho, podría hablarse de la aparición de una «relación» radicalmente distinta del hombre con unos saberes médicos ya existentes. Saberes médicos que habrían venido desarrollándose paulatinamente al menos desde los comienzos de la revolución científica de los s. XVI y XVII.

Pasemos a continuación a examinar someramente las referidas objeciones.

## 1. El desarrollo de la medicina propiamente llamada «clínica»

Nuestra primera objeción es, en realidad, principalmente terminológica. Se refiere al empleo del calificativo «clínico» para caracterizar a toda la medicina contemporánea. Foucault llama «clínica» a la medicina surgida a principios del siglo XIX y mantiene esa denominación para calificar a toda la medicina contemporánea desarrollada en occidente desde entonces. Creemos que en la elección de este calificativo Foucault se dejó guiar por el nombre que recibió el modelo de enseñanza de la medicina establecido por decreto estatal en la Francia de la Revolución. Este modelo de enseñanza fue posteriormente conocido con el nombre de «modelo francés» o «modelo clínico» por la vinculación que establecía entre las escuelas de medicina y los hospitales clínicos. Este modelo «clínico», que primaba la enseñanza de la medicina a la cabecera del enfermo, se extendió a otros países y entre ellos a España. No fue sin embargo el único modelo de enseñanza médica en Europa. En la Alemania de los años inmediatamente posteriores a la revolución francesa se impuso otro modelo caracterizado por la vinculación de las facultades de medicina con los institutos de investigación experimental. Este modelo, conocido con el nombre de «modelo alemán» o «universitario», tuvo también su propia área de influencia en Europa, y promovió predominantemente el desarrollo de las ciencias médicas «básicas». Con posterioridad al famoso informe Flexner de 1910 este modelo «alemán» fue también adoptado en las escuelas de medicina de Norteamérica.

Ahora bien, lo que habitualmente se denomina con la palabra «clínica», que etimológicamente hace alusión al lecho del enfermo, es el encuentro y relación individualizada entre un determinado médico y un particular enfermo. En este sentido, la clínica ha existido siempre. Pero la «ciencia médica» como sistema organizado de conocimientos, no siempre se ha construido teniendo a la experiencia «clínica» como fuente primordial de conocimientos, ni ha concedido siempre a la clínica la categoría de criterio último de aceptabilidad para las teorías; y ni siquiera la «ciencia médica» ha considerado siempre a la clínica como la realidad a explicar y a la que servir. Por el contrario ha habido en la historia largos períodos en los que la ciencia médica ha estado, sorprendentemente, como vuelta de espaldas a la realidad clínica. Por todo ello puede decirse que, aunque los médicos siempre han sido «clínicos» la medicina no siempre ha sido «clínica».

La medicina hipocrática, inicialmente en relación íntima con la clínica, se fue distanciando de ella por motivos tanto sociales (desprestigio de lo manual) como epistemológicos (identificación de la ciencia con el conocimiento de lo universal), hasta culminar en un saber teórico de lo «universal» incompatible con el carácter práctico e individual que caracteriza a la clínica. Y así, la medicina permaneció alejada de la clínica desde el período helenístico y durante toda la Edad Media. Alejamiento permitido y refor-

zado por la vigente idea de una ciencia dirigida hacia la mera contemplación de los fenómenos y divorciada del afán de dominar la naturaleza.

Para forzar a la medicina a tomar en consideración a la clínica se necesitaba una nueva voluntad de transformación de la naturaleza. Y para elevar a la clínica al rango de saber científico era necesaria una nueva idea de la ciencia y un nuevo método científico. Se necesitaba una nueva ciencia experimental capaz de prestar atención al dato individual, y un nuevo método inductivo capaz de tomarlo como base para la elaboración de teorías.

Esta nueva «Filosofía de la Naturaleza», si bien cuenta con antecedentes doctrinales ya en el s. XIII, sólo es en el s. XVI cuando llega a adquirir una relevancia y un nivel de formulación suficientes como para permitir la incorporación de la clínica.

Hoy sabemos que en la elaboración de esa nueva ciencia contribuyeron en gran medida los esfuerzos acumulativos de al menos diez generaciones de «científicos» que investigaron sobre los problemas del método en las Universidades del Norte de Italia. Como muestra de ello puede comprobarse que durante tres siglos los filósofos naturales de la Escuela de Padua, en fructífero intercambio con los médicos de su facultad, trabajaron en la expansión del método «científico» y en el logro de su asentamiento en la experiencia<sup>7</sup>. Así, puede comprenderse la importancia que llega a otorgarse a la clínica en la escuela de Padua, donde llega a incorporarse la enseñanza práctica junto al lecho del enfermo; y donde Giambattista da Monte (1498-1551) es el primer maestro universitario que, según afirma P. Lain Entralgo<sup>8</sup>, comienza a dar lecciones «clínicas» en el sentido actual del término. Desde Padua es conocida la difusión que tuvo la enseñanza clínica hasta Leyden y desde allí a toda Europa.

De esta manera puede decirse que, desde el siglo XVI, la experiencia clínica no dejó ya de ocupar un lugar en la ciencia médica. Por lo que, en el sentido habitual de la palabra, no podríamos situar el nacimiento de la «clínica» propiamente dicha más tarde del s. XVII.

## 2. Los antecedentes de la mentalidad anatomoclínica

Es conocido el proceso por el que ya desde el s. XIV se viene estudiando la anatomía en el cadáver humano. Si bien el afán de investigación original sólo aparece en Italia con el Renacimiento, a finales del s. XV.

Paralelamente al desarrollo de la anatomía como ciencia meramente

<sup>7</sup> Cf. J. RANDALL: «The development of scientific method in the school of Padua», *Journal of the History of Ideas*, 1, 1940.

<sup>8</sup> P. LAIN: *Historia de la Medicina Moderna y Contemporánea*, Barcelona, Científico-médica, 1963, p. 41.

descriptiva fue constituyéndose paulatinamente un cuerpo de doctrina que intentaba poner en relación ciertos hallazgos anatómicos *postmortem* con las enfermedades previamente padecidas por el sujeto. Entre los autores que mejor han estudiado el proceso de constitución y perfeccionamiento progresivo de estos saberes «anatomoclínicos» figura sin duda P. Lain Entralgo. Se ha hecho clásica su categorización de las sucesivas fases del proceso de perfeccionamiento y profundización de los «saberes anatomoclínicos» desde el s. XVI hasta el XIX. En su libro *La Historia Clínica*<sup>9</sup> denomina estas fases como:

- 1.<sup>a</sup> La lesión anatómica como hallazgo (siglos XVI y XVII). Etapa representada por Th. Bonet (1620-1698).
- 2.<sup>a</sup> La lesión entendida como clave del diagnóstico (s. XVIII). Ejemplificada por H. Boerhaave (1668-1738).
3. La lesión como causa de la enfermedad. Finales del XVIII. Representada por G. B. Morgagni (1682-1771).
- 4.<sup>a</sup> La lesión como fundamento del saber patológico (s. XIX). Programa formulado inicialmente por X. Bichat (1771-1802).

La aparición de la mentalidad anatomoclínica ¿es entonces el resultado de una línea de desarrollo histórico continuo, tal y como se desprende de la referida periodización formulada por Lain Entralgo, o es más bien el resultado de una mutación epistémica puntual, tal y como afirma Foucault? Resulta difícil contestar a este pregunta sobre la base exclusiva de los datos históricos escuetos. La asunción de un modelo de desarrollo histórico lineal o discontinuo es en realidad una elección del historiador que en gran medida es previa al encuentro con las «realidades históricas» estudiadas. Según sea la tendencia del historiador así será su forma de presentar y «ordenar» los datos. Foucault, con una mentalidad «militante» de historiador general, está interesado en señalar las líneas de «ruptura» y en asimilar la historia de la ciencia a la historia política general con sus cambios y revoluciones. Por ello «*La arqueología del saber no intenta reencontrar la transición continua e insensible que liga, en suave pendiente, los discursos a lo que les precede, les rodea o les sigue. ... Su problema es, por el contrario, definir los discursos en su especificidad; mostrar de qué manera el juego de las reglas que ponen en acción es irreductible a cualquier otro*»<sup>10</sup>.

Lain Entralgo, médico e historiador específico de la medicina, en su afán de poner la historia al servicio de la medicina actual, puede ser considerado como un historiador interesado más bien en «descubrir» las «tendencias» del desarrollo histórico que viniendo del pasado configuran nuestro

<sup>9</sup> P. LAIN: «La patografía del método anatomoclínico», *La Historia Clínica*, Barcelona, Salvat, 1950 (2.<sup>a</sup> Ed. 1960), 146-259.

<sup>10</sup> M. FOUCAULT: *L'archéologie du savoir*, *op. cit.*, p. 182.

presente y se proyectan hacia el futuro. Como él mismo dijo en cierta ocasión, la historia de la medicina debe proporcionar: «*Un conocimiento riguroso de la vía por la cual la Medicina ha llegado a ser lo que entonces sea; por tanto, el conjunto de "líneas de sentido" según las cuales, dejando a salvo, naturalmente, la posibilidad de una mutación genial, va probablemente a producirse el ulterior progreso del arte de curar*»<sup>11</sup>.

Se comprende entonces que Lain enfatice la continuidad así como Foucault enfatiza la ruptura. Incluso cuando Lain reconoce la existencia de cambios fundamentales en la mentalidad de los médicos se apresura a señalar sus antecedentes y sus precursores. De esta manera Lain postula la existencia de un «giro copernicano» en la mentalidad anatomoclínica del s. XIX por medio del cual la lesión anatómica, de ser solamente *áncilla sintomae* (servidora del síntoma), se convierte en elemento fundamentador de la patología y en origen de todos los síntomas. No obstante, Lain no deja de añadir a continuación que ya en la obra cardiológica de Lancisi y Albertini, (a principios del s. XVIII), se hallaba ya plenamente efectuado ese giro. Aunque lo cierto es que en esta cuestión del desarrollo de la mentalidad anatomoclínica no es Pedro Lain el único historiador que señala antecedentes anteriores al s. XIX. Tomemos como ejemplo los trabajos de E. Arquiola<sup>12, 13, 14</sup> sobre la historia de la neuropatología; en ellos se ve cómo también en el caso de la lesión neurológica se había producido ya ese «giro copernicano» en el s. XVII. Y así, autores médicos como J. Wepfer (1620-1695) y Th. Willis (1622-1675) habrían formulado ya las bases de una neurología en la que las lesiones nerviosas constituyen el objetivo del diagnóstico y son consideradas como la causa y el fundamento clasificador de los síntomas y las enfermedades.

Vemos, pues, cómo bastante antes del s. XIX la lesión anatómica es ya considerada por algunos como la causa, la sede, el fundamento clasificador de las enfermedades, el objetivo del diagnóstico o la fuente de sugerencias terapéuticas. Y cómo existe, por tanto, un fuerte sentido en el que puede decirse que la «mentalidad anatomoclínica» ha ido constituyéndose paulatinamente, pudiendo ser identificada como tal ya desde el s. XVII.

<sup>11</sup> P. LAIN: «Discurso de clausura. La historia de la medicina en el año dos mil», *Asclepio*, 22, 1970, 341-57, p. 356.

<sup>12</sup> E. ARQUIOLA: «La lesión nerviosa en la obra de Th. Willis», *Asclepio*, 25, 1973.

<sup>13</sup> E. ARQUIOLA: «La anatomía patológica del sistema nervioso en la obra de J. J. Wepfer», Comunicación al *IV Congreso Español de Historia de la Medicina*, Granada, 1973.

<sup>14</sup> E. ARQUIOLA: «La lesión anatómica en la neurología premorgagniana», Comunicación al *IV Congreso Español de Historia de la Medicina*, Granada, 1973.

### 3. El esquema evolutivo de la medicina moderna

Para Foucault el factor clave en el proceso de desarrollo del pensamiento médico se encuentra en la «episteme» general que gobierna el período histórico correspondiente. Y así, a las sucesivas «epistemes» Foucault les atribuirá una función causal y estructuradora sobre todo el conjunto del saber. Consecuentemente con ello, su ordenación de las etapas históricas y sus propuestas explicativas quedarán centradas en torno a las «epistemes» correspondientes.

Podríamos generalizar diciendo que los esquemas de periodización y las explicaciones que ofrece cualquier historiador dependen de la idea de causalidad histórica que éste mantenga y de cuáles sean los factores que reconozca como decisivos. Como ilustración de esta generalización recordemos que los esquemas explicativos utilizados por los historiadores «internos» de la ciencia hacen hincapié en el encadenamiento lógico de los descubrimientos científicos mismos. Los historiadores sociales de la ciencia, a su vez, resaltan preferentemente los factores sociales «externos». Y, por similares razones, los historiadores que parten de los postulados del materialismo histórico intentan poner de manifiesto la «infraestructura» que caracteriza a los distintos sistemas de producción de los bienes materiales.

Yo mismo he propuesto en otro lugar<sup>15</sup> un esquema evolutivo de la medicina moderna que pretende poner de manifiesto las conexiones existentes entre las distintas tradiciones «científicas» y los distintos sistemas filosóficos generales. Este esquema parte de la hipótesis de la existencia de una estrecha interrelación entre la filosofía y la ciencia de la edad moderna. Según él, ciertas escuelas médicas del s. XVII, tales como la nosografía sydenhamiana *more botanico*, habrían estado más en relación con la filosofía empirista; mientras que otras escuelas, como la iatromecánica, habrían extraído su inspiración de la filosofía racionalista. Creo asimismo que el racionalismo también habría estado en relación con lo que podemos llamar «incipiente nosología lesional moderna». Y a su vez, resulta significativa la contemporaneidad del pensamiento crítico y ecléctico de los grandes médicos sistemáticos del s. XVIII con la rigurosa filosofía crítica inaugurada por Hume y, sobre todo, por Kant. Podemos pensar que, como consecuencia de la actividad de todas estas escuelas, se fueron produciendo ciertos descubrimientos acumulativos. Según esta opinión, a finales del s. XVIII la experiencia clínica y anatomopatológica acumulada habría alcanzado un «nivel crítico»<sup>16</sup> suficiente como para que pequeños acontecimientos externos a la

---

<sup>15</sup> M. SANCHEZ GONZALEZ: *Asclepio*, 38, 1986, 159-76.

<sup>16</sup> Sobre el concepto historiográfico de «nivel crítico» véase: Rosen, G. «Critical Levels in Historical Process. A Theoretical Exploration Dedicated to Henry Ernest Sigerist», *Journal of the History of Medicine*, 13, 1958, 179-85.

ciencia precipitasen el desarrollo de una mentalidad anatomoclínica coherente y completa. Esta mentalidad anatomoclínica sería el componente fundamental de lo que Foucault reconoce como medicina contemporánea, denominándola «medicina clínica». Aunque en estos esquemas explicativos deberíamos tener también en cuenta que esa mentalidad anatomoclínica fue completada, cuando no profundamente rectificada, en las décadas siguientes gracias al desarrollo de otras mentalidades como la fisiopatológica y la etiopatológica.

Por todo lo dicho creemos que un esquema del desarrollo de la medicina moderna tan lineal y simplificador como el que Foucault propone parece insuficiente para reflejar el problema médico en toda su complejidad real. Por otra parte, algún factor o periodos históricos decisivos corren el riesgo de ser desatendidos. Por lo que concluimos diciendo que el esquema histórico-médico propuesto por Foucault, si bien puede ser válido para dar cuenta de otros desarrollos históricos paralelos a la medicina o para denunciar ciertas características del pensamiento moderno en general, resulta poco satisfactorio como teoría historiográfica propiamente médica.

#### 4. Las diferencias entre la medicina clasificadora y la medicina clínica

La teoría foucaultiana sobre la mutación epistémica del s. XIX necesita recalcar las diferencias entre la medicina de esa época y la de etapas anteriores. Y coherentemente con ello, considerará «premoderna» y sobre todo como fundamentalmente distinta a la medicina de los s. XVII y XVIII.

Foucault en *El nacimiento de la clínica* destaca algunos rasgos distintivos que caracterizarían a la nueva medicina «clínica» del s. XIX. Entre ellos hemos entresacado los siguientes:

1. Disolución de los fantasmas.
2. Discurso sobre el individuo.
3. Integración de la espacialidad corporal y articulación de la enfermedad en el organismo.
4. Integración de la muerte como objeto de experiencia.

Foucault ha extraído estos rasgos distintivos de la medicina «clínica» por medio de su comparación con la llamada medicina clasificadora. Esta forma de entender la medicina floreció en el s. XVIII muy influida por la obra del médico inglés Thomas Sydenham (1624-1689). Sydenham, en pleno siglo XVII había lanzado la consigna: «*Es necesario que todas las enfermedades sean reducidas a especies ciertas y definidas, y ello con el mismo cuidado que vemos exhibir a los botánicos en su fitologías*»<sup>17</sup>.

<sup>17</sup> Th. SYDENHAM: *The Works of Thomas Sydenham*, R. G. Latham (tr.) London, The Sydenham Society, 1848, vol. 1, p. 13.

Aunque la medicina «clasificadora» de las especies morbosas gozó de una gran difusión y aceptación en toda Europa no fue, desde luego, la única forma que hubo de entender y practicar la medicina. Hemos mencionado ya la continuidad ininterrumpida de los estudios anatómicos, entre otros desarrollos que también siguieron su curso durante el s. XVIII. La comparación de la medicina «clínica» del s. XIX con la existente anteriormente debería incluir, por tanto, esas otras formas de medicina que Foucault parece no haber tenido en cuenta.

Pero incluso limitando la comparación a la medicina «clasificadora», podrían ponerse algunos reparos a los rasgos diferenciales mencionados por Foucault. En cuanto al primero de esos rasgos, el empeño en disolver los fantasmas podría verse ya de alguna manera en el propio Sydenham. Este autor, de una forma consciente y programática, propone rechazar las especulaciones, las hipótesis y las interpretaciones no basadas en la realidad clínica. El mismo recomendó en el prólogo a su obra más conocida no atribuir a las enfermedades: *«fenómenos que sólo han existido en sus propios cerebros. ... Precindir de cualquier hipótesis filosófica que haya ocupado previamente la mente del autor. Una vez hecho esto, deben anotarse los fenómenos claros y naturales de la enfermedad, y sólo éstos. Deben anotarse con precisión y con toda minucia; imitando el arte exquisito de esos pintores que representan en sus retratos los más pequeños lunares y las manchas más tenues»*<sup>18</sup>.

En cuanto al segundo de los rasgos diferenciales, el discurso sobre el individuo, si bien es cierto que la nosografía sydenhamiana intenta establecer especies morbosas «universales, también lo es el hecho de que intenta establecer esas especies desde la observación detallada de los individuos. Además esas especies son consideradas como aproximaciones provisionales y modificables a unas «regularidades morbosas» que interesa delimitar con fines exclusivamente terapéuticos, y que no se conceptúan como entidades reales, discretas e independientes<sup>19</sup>. No podía ser de otro modo si tenemos en cuenta que la fisiopatología asumida por Sydenham continuaba siendo en gran medida humoralista. Y el humoralismo, al postular unas «discrasias» que pueden adoptar una ilimitada variedad de grados, difícilmente puede adoptar un punto de vista realista en lo que respecta a las especies morbosas. Las especies morbosas de Sydenham no pueden existir con independencia del individuo. Y no se habla de su mecanismo concreto de producción en el organismo, no porque se niegue la corporalidad de las enfermedades sino porque, de acuerdo con la filosofía empirista, se consideran los mecanismos íntimos más allá de los límites del conocimiento. En cualquier caso, ya he-

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>19</sup> Cf. R. YOST: «Sydenham's Philosophy of Science», *Osiris*, 9, 1950.

mos visto en el apartado anterior cómo el discurso sobre el individuo está ya presente en toda la tradición «clínica» que se inicia en la Escuela de Padua en el s. XVI.

Y por lo que respecta a las dos últimas características distintivas, hemos visto ya también cómo han ido desarrollándose desde el s. XVII en las corrientes que hemos denominado «nosología lesional»:

Incluso el declarado rechazo de Sydenham hacia la anatomía, que constituye quizá la diferencia más llamativa con respecto a los anatomoclínicos, es explicable en función de ciertos presupuestos sobreañadidos que no caracterizan constitutivamente a la medicina de la época. Recordemos que esas ideas antianatómicas no eran compartidas por muchos de los más eminentes tratadistas anteriores y contemporáneos de Sydenham. Metodólogos como F. Bacon, científicos como R. Boyle y médicos como R. Lower y Th. Willis recomendaban encarecidamente la investigación anatómica. De hecho, la época de Sydenham había presenciado una completa renovación de los estudios anatómicos macroscópicos e incluso había iniciado brillantemente la investigación microscópica. En otro lugar<sup>20</sup> he analizado con más detalle las ideas antianatómicas de Thomas Sydenham. El rechazo de Sydenham hacia la anatomía queda explicado en función de ciertos presupuestos fisiológicos, terapéuticos, metafísicos y teológicos. Pero en todo ello, empleando términos foucaultianos, no existe propiamente una «ceguera» o una «indecibilidad» epistemológica por parte de Sydenham. Lo que existe, más bien, es un rechazo consciente de algo que se ve y que se dice.

## EL PROBLEMA DE LA VERDAD HISTÓRICA

Planteadas todas las anteriores objeciones al esquema histórico-médico foucaultiano, pasemos a formular de nuevo nuestra pregunta sobre su nivel de verdad o adecuación historiográfica y sobre su compatibilidad con otras interpretaciones establecidas.

Foucault admite junto a una «historia interna» de la verdad, que sería la historia de la verdad en sí misma, una «historia externa» que se ocuparía de los «sitios» en los que se forma la verdad. *«La hipótesis que me gustaría formular es que en realidad hay dos historias de la verdad. La primera es una especie de historia interna de la verdad, que se corrige partiendo de sus propios principios de regulación: es la historia de la verdad tal como se hace en o a partir de la historia de las ciencias. Por otra parte, creo que en la sociedad, o al menos en nuestras sociedades, hay otros sitios en los que se forma la verdad, allí donde se definen en cierto número de reglas del*

<sup>20</sup> M. SANCHEZ GONZALEZ: «Las ideas antianatómicas y antimicroscópicas de Thomas Sydenham», *Asclepio*, 40, 1988, 223-63.

juego, a partir de las cuales vemos nacer ciertas formas de subjetividad, dominios del objeto, tipos de saber y, por consiguiente, podemos hacer a partir de ello una historia externa, exterior, de la verdad»<sup>21</sup>. Está claro que Foucault pretende confeccionar ese tipo de historia externa. Pero, aún permaneciendo dentro de esos límites «externos», ¿no podríamos nosotros seguir preguntándonos sobre el grado de verdad o de adecuación histórica de sus reconstrucciones?

Algunos autores, enfrentados a este problema de la verdad histórica, han señalado unas u otras deformaciones históricas en las que incurren las reconstrucciones foucaultianas. E. Trias, por ejemplo, consideran que en Foucault: «Prevalece, en el fondo, la intención filosófica sobre la intención (manifiesta) arqueológica. Y en consecuencia, los cortes están gobernados por una filosofía de la historia reconstruida, al modo hegeliano, desde un presente desde el que todo su sentido anterior se ilumina. ... En cualquier caso nos parece injustificada la asunción de esa filosofía del lenguaje como transfondo teórico de una filosofía de la historia que se hace pasar por arqueológica del saber»<sup>22</sup>.

Mi opinión es que, en definitiva, resulta inapropiado juzgar el discurso foucaultiano según criterios de «verdad histórica objetiva». El concepto mismo de «verdad histórica» ha sido radicalmente cuestionado por esta concepción historiográfica.

El propio Foucault reniega del tradicional criterio de «verdad histórica» porque piensa que el valor de verdad tradicionalmente concedido a la historia en Occidente ha sido otra de las formas del ejercicio del poder. «La historia de Occidente no se puede disociar del modo en que la "verdad" se produce e inscribe sus efectos. Vivimos en una sociedad que marcha en gran parte "por la verdad", quiero decir que produce y pone en circulación discursos que cumplen función de verdad, que pasan por tal y que encierran gracias a ello poderes específicos. Uno de los problemas fundamentales de Occidente es la instauración de discursos "verdaderos" (discursos que, por otra parte cambian incesantemente). La historia de la "verdad" —del poder propio de los discursos aceptados como verdaderos— está todavía por hacer»<sup>23</sup>.

Frente a este uso histórico de «la verdad» Foucault afirma la necesidad de destruir la tradicional «voluntad de verdad»<sup>24</sup>. Y por eso, en el clásico

<sup>21</sup> M. FOUCAULT: *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1980, p. 17.

<sup>22</sup> E. TRIAS: «Nietzsche, Freud y Marx: ¿Revolución o reforma?», en M. FOUCAULT: *Nietzsche, Freud, Marx*, Barcelona, Anagrama, 1970, p. 15-6 y 18.

<sup>23</sup> M. FOUCAULT: «No al sexo rey», *Un diálogo sobre el poder*, op. cit., 146-64, p. 148.

<sup>24</sup> En este sentido se pronunció Foucault en el debate que siguió a sus conferencias de 1973 sobre: *La verdad y las formas jurídicas*, op. cit., p. 157.

debate entre los sofistas (o la verosimilitud) y los filósofos socráticos (o la palabra de verdad). Foucault se sitúa decididamente del lado de los sofistas: «En este punto estoy radicalmente del lado de los sofistas. ... Creo que son muy importantes porque en ellos hay una práctica y una teoría del discurso que son esencialmente estratégicas; establecemos discursos y discutimos no para llegar a la verdad sino para vencerla»<sup>25</sup>.

Por otra parte, al aceptar la condición interpretativa de toda historia Foucault renuncia al «engañoso» empeño de descubrir la «interpretación verdadera» de la historia. Como dijo el filósofo en el coloquio de Royau-mont de 1964: «Si la interpretación no se puede acabar jamás, esto quiere decir simplemente que no hay nada que interpretar. No hay nada absolutamente primario para interpretar, porque en el fondo ya todo es interpretación, cada signo es en sí mismo no la cosa que se ofrece a la interpretación, sino la interpretación de otros signos»<sup>26</sup>. Por ello Foucault no intenta poner su interpretación al servicio de ninguna pretendida «verdad» histórica objetiva. Asume conscientemente un propósito «instrumental» en sus reconstrucciones históricas. E interpreta con el objetivo declarado de remodelar «a golpes de martillo» las interpretaciones establecidas previamente: Empleando sus propias palabras: «la interpretación no aclara una materia que, con el fin de ser interpretada, se ofrece pasivamente; ella necesita apoderarse, y violentamente, de una interpretación que está allí, que debe trastocar, revolver y romper a golpes de martillo»<sup>27</sup>. Foucault aspira precisamente a producir interpretaciones en conflicto con las interpretaciones previas. Se siente justificado e incluso obligado a ello porque piensa que las interpretaciones, en lugar de tener una función de verdad abstracta, tienen más bien una función instrumental en el juego de las relaciones entre los hombres. La función de la historia no sería tanto la de comunicar una verdad abstracta como la de liberar a los hombres del peso de las interpretaciones del pasado. «Yo diría que mi máquina es buena no porque transcriba o suministre un modelo de lo que pasó, sino porque el modelo que efectivamente da es tal que permite que nos liberemos del pasado»<sup>28</sup>.

Así pues, Foucault concibe su «arqueología» como una actividad «creadora» de interpretaciones instrumentales. Por eso G. Deleuze ha señalado el carácter poético que tiene la arqueología foucaultiana del saber. Esta condición poética «creadora» ofrecería además, como toda poesía auténtica, la posibilidad de acceder a unos sentidos más profundos. «Es muy posible que Foucault, en esta arqueología, no construya tanto un discurso de su mé-

<sup>25</sup> M. FOUCAULT: *La verdad y las formas jurídicas*, op. cit., p. 155.

<sup>26</sup> M. FOUCAULT: *Nietzsche, Freud, Marx*, op. cit., p. 35-6.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>28</sup> M. FOUCAULT: *La verdad y las formas jurídicas*, op. cit., p. 172.

todo como el poema de su obra precedente, y alcance ese punto en el que la filosofía es necesariamente poesía, vigorosa poesía de lo que se dice, que es tanto la del no-sentido como la de los sentidos más profundos»<sup>29</sup>. El propio Foucault se manifestó de acuerdo con la atribución de un carácter poético a su arqueología, con las siguientes palabras que resultan sumamente reveladoras: «Si atribuimos a la poesía una función liberadora, yo no diría que la arqueología es sino que desearía que fuese poética. ... mi discurso no intenta responder a las mismas leyes de verificación que rigen la historia propiamente dicha, puesto que el único fin de ésta es decir la verdad, lo que ocurrió, al nivel del elemento, del proceso, de la estructura de las transformaciones»<sup>30</sup>.

La verdad para Foucault, lejos de ser una realidad por «descubrir», es un sentido que se debe «producir». Y esta peculiar relación del discurso foucaultiano con la verdad permite, desde luego, atribuir a su «arqueología» un carácter eminentemente poético.

Pero esta verdad, entendida como «un sentido que se produce», no se limitaría a ser una mera justificación inoperante. Esas verdades «producidas» se traducen en acontecimientos al entrar en colisión con lo exterior. M. Morey ha señalado certeramente esta función generadora de acontecimientos que constituye uno de los presupuestos fundamentales del discurso foucaultiano: «El presupuesto de que el discurso debe ser una máquina que produzca efectos de sentido, con sus verdades específicas, que se traduzcan en acontecimientos al entrar en conexión con el exterior»<sup>31</sup>.

Entendida de esta forma, no es ninguna supuesta verdad objetiva lo que determina las interpretaciones. La verdad que llega a establecerse y a utilizarse es, en cierto modo, una «ficción» producto de interpretaciones previas y, sobre todo, de las luchas y de las estructuras de poder subyacentes. Conviene recordar, no obstante, que Foucault no considera la «ficción» como el contrapunto de la «verdad» sino como su más inseparable componente; tal vez incluso, como su esencia misma. Y así, verdad utilizada y ficción creada se determinarían mutua y sucesivamente. «En cuanto al problema de la ficción, es para mí un problema muy importante; me doy cuenta que no he escrito más que ficciones. No quiero, sin embargo, decir que esté fuera de la verdad. Me parece que existe la posibilidad de hacer funcionar la ficción en la verdad; de inducir efectos de verdad con un discurso de ficción, y hacer de tal suerte que el discurso de verdad suscite, «fabrique» algo que no existe todavía, es decir, «ficcione». Se «ficcione» historia a partir de una

<sup>29</sup> G. DELEUZE: *Foucault, op. cit.*, p. 45.

<sup>30</sup> M. FOUCAULT: *La verdad y las formas jurídicas, op. cit.*, 172.

<sup>31</sup> M. MOREY: «Prólogo a la edición española», de la obra: *Foucault*, de: G. Deleuze, *op. cit.*, 14.

realidad política que la hace verdadera, se «ficciona» una política que no existe todavía a partir de una realidad histórica»<sup>32</sup>.

Sucede, en definitiva, que Foucault no pretende acercarse al problema del conocimiento con las coordenadas del «filósofo» que comprueba verdades, sino con la perspectiva del «político» que pretende ante todo denunciar las estructuras del poder. Como él mismo dijo: «Si quisiéramos saber qué cosa es el conocimiento no hemos de aproximarnos a él desde la forma de vida, de existencia de ascetismo característica del filósofo. Para saber qué es, para conocerlo realmente, para aprehenderlo en su raíz, en su fabricación, debemos aproximarnos a él no como filósofos sino como políticos, debemos comprender cuáles son las relaciones de lucha y de poder. Solamente en esas relaciones de lucha y poder, en la manera como las cosas entre sí se oponen, en la manera como se odian entre sí los hombres, luchan, procuran dominarse unos a otros, quieren ejercer relaciones de poder unos sobre otros, comprendemos en qué consiste el conocimiento»<sup>33</sup>.

Porque para nuestro filósofo serían las condiciones políticas y económicas de existencia, las estructuras del poder en suma, las que fijan los modelos y establecen las «relaciones de verdad» que utilizan los sujetos: «las condiciones políticas y económicas de existencia no son un velo o un obstáculo para el sujeto de conocimiento sino aquello a través de lo cual se forman los sujetos de conocimiento y, en consecuencia, las relaciones de verdad»<sup>34</sup>.

<sup>32</sup> M. FOUCAULT: «Las relaciones de poder penetran en los cuerpos», en: *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980, 153-62, p. 162.

<sup>33</sup> M. FOUCAULT: *La verdad y las formas jurídicas*, op. cit., p. 28.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 32.